

LA REVELACION.

REVISTA ESPIRITISTA.

AÑO II.

SALE DOS VECES AL MES.

Núm. 55.

ALICANTE, 16 DE MAYO DE 1873.

NUESTRO DEBER.

Si la prensa espiritista no tuviere otro deber, que el de defender el Espiritismo de los injustos y apasionados ataques de la incredulidad, desvanecer los errores del ciego fanatismo que, rémora de todo adelanto, intenta detener la marcha progresiva del espíritu, matando la inteligencia y poniendo obstáculos al desarrollo del sentimiento moral: si, en medio del caos de tantas ideas contradictorias que envuelven, como pesada y densa niebla, al mundo de la razón, le fuera bastante poner á salvo la pureza de sus principios y la santidad de sus máximas sublimes, foros luminosos que, disipando con sus vivísimos resplandores, las tinieblas del pasado, abren estensos y claros horizontes, que permiten al hombre entrever, tras su penosa peregrinación sobre la tierra, la realidad de su porvenir: si no tuviese que dar cumplida satisfacción á otras necesidades que las que exige su pacífica propaganda, su misión sería muy fácil, y pronto quedarían satisfechas las nobles aspiraciones, de los que, con tanto celo como entusiasmo, han echado sobre sus débiles hombros, la pesada tarea de cumplirla.

Pero el Espiritismo, como toda idea grande y nueva que viene á tomar asiento en el mundo de la razón, de tal manera se ha infiltrado en los ánimos y esparcido su luz di-

rina, que ya no hay población grande, ni pequeña, ni aldea, ni casa de campo, que no haya recibido á este huésped misterioso, y le haya acogido con humildad, con religiosa fé, en el secreto santuario de su corazón.

Esta robusta y creciente propagación de la idea espiritista, pone á la prensa, encargada de velar por la pureza de su doctrina, en el imprescindible deber de encauzar este movimiento impetuoso que, á impulsos de un entusiasmo mal comprendido y de una curiosidad que jamás se vé suficientemente satisfecha, puede desbordarse y esterilizar, dejando por mucho tiempo infecundos, los campos que está llamada á abonar y fertilizar, con el riego abundante de sus puras y cristalinas aguas.

Tan grande es la extensión que vá tomando esta idea, que, las agrupaciones que se han formado en poco tiempo, con el laudable fin de estudiarla y conocerla, son ya numerosas, y cada día que pasa anuncia la aparición de otra nueva; pero su inmensa mayoría, falta de experiencia y de los necesarios conocimientos, caminando sin rumbo ni luz alguna que las guíe, por el escabroso terreno de la experimentación, se extravían y se pierden anegadas en el caos de la mistificación y de la obsesión. como se extravía y perdería, hecho juguete de las irritadas olas, el buque que pretendiera cruzar el anchuroso océano, sin brújula y sin piloto. Y así, engolfados en ese piélago insondable de todo un mundo desconocido, in-

mensamente mas grande que el mundo de la materia, marchan al azar, y como si los conocimientos no se encadenaran, y no fuera posible que los unos hubiesen de venir forzosamente en pos de los otros, previamente adquiridos; como si fuese posible caminar á saltos y, contrariando las leyes eternas de la creacion, engulgiéndose la ciencia á toneladas, así pretenden estar en aptitud de poderse ocupar, con utilidad para si mismos, y con provecho de la doctrina que quieren enaltecer, del mundo espiritual, que es el mundo moral—é inteligente—con toda su grandeza, sus bellezas, sus armonias, sus leyes, nunca bastante conocidas, por mucho que sean estudiadas, y sus infinitas relaciones con el mundo de la naturaleza, que no conociendo tampoco, imposibilitan todo adelanto que no podrán realizar jamás, sin poseer por lo menos las mas importantes nociones de los dos, puesto que se complementan mutuamente en la constitucion del *Universo*.

Los grupos que deseen aprovecharse de las enseñanzas de los espíritus y sacar de ellos todo el partido posible, á fin de dar algunos pasos en el camino de su progreso, deben dedicarse, con perseverancia y firme voluntad, al estudio de la doctrina por los mismos espíritus revelada, y procurar que ésta sea solo la base y el objeto principal de la reunion, dando un lugar muy secundario al fenómeno de la comunicacion: que el móvil que les guie no sea la insaciable y pueril curiosidad, sino el deseo, cada vez mas vehemente, de perfeccionarse por el estudio y la práctica de las virtudes.

Desengáñense ya los novicios; nadie puede subir un solo peldaño en la escala de su progreso, si su asiduo trabajo y sus propios esfuerzos no le elevan. Los conocimientos solo se adquieren á costa de grandes desvalos y una voluntad á toda prueba, que mantenga siempre vivo el desen de adquirirlos; y sabido es, que los seres de ultratumba, que quieren que todas las cosas sigan su curso natural, no han de venir á improvisar sabios haciendo á los hombres holgazanes.

Lo que está pasando en algunas agrupaciones,

de que tenemos noticia, no está en manera alguna conforme con el objeto y fin providencial del Espiritismo, siempre inclinado á despertar en el hombre los gérmenes del saber por medio del trabajo, y á grabar en su corazon el amor al bien y el deseo sincero de instruirse y mejorarse. Lo que, por lo general se hace, es poner en ridiculo la mas grande de las ideas, entorpecer y retardar su verdadera y útil propaganda, debilitar con estravagancia la fé de sus mejores y mas fieles adeptos, que, faltos de la necesaria instruccion, se dejan llevar del deseo pueril de obtener una comunicacion, casi siempre inasustancial, dada por espíritus inferiores, que se ven atraídos por sus simpatias hacia las personas que los evocan, y con los cuales se divierten bromeando y mistificándolos.

Diganlo sino las comunicaciones obtenidas en dichas reuniones; que se examinen minuciosamente, que se les haga pasar por el crisol de la razon y del buen sentido, y se verá lo que queda de ellas, despues de hacerlas sufrir este riguroso análisis: nada, como no sea el lenguaje ampuloso que, con frecuencia, las viste; mucha hojarasca y muchas frases de relumbrón que, reemplazando las ideas, fascinan á los cándidos que las aceptan como dictados de un órden superior.

Los espíritus buenos, solo acuden á las reuniones formales donde dan gustosos sus provechosas enseñanzas: y una reunion no es formal porque los que la compongan permanezcan serios, graves y sin reir, durante el tiempo de la sesion, sino porque tengan puro el corazon, ó por lo menos, hayan hecho el propósito firme y sincero de mejorar sus condiciones morales, poniendo todos los actos de su vida en armonia con las máximas sublimes que enseña el Espiritismo. Este es el verdadero estado del ánimo, que puede ejercer sobre los buenos espíritus la atraccion que necesitan, para venir contentos á nuestras evocaciones. El secreto de esta atraccion está en nosotros mismos. Los fluidos perispirituales se repelen ó se atraen segun la semejanza de su naturaleza, resultando de esto una incompatibilidad mani-

fiesta entre los buenos y los malos finidos. Cada uno de nosotros es un manantial perenne de fluido perispiritual, al cual podemos dar, con nuestras buenas acciones y la práctica de las virtudes, cualidades tales que pueden ejercer sobre los malos-espíritus una influencia repulsiva, y atractiva sobre los buenos.

Es de todo punto incontestable que el progreso intelectual facilita y acelera el moral; y que no hay ningún conocimiento inútil, ya que todos ellos, cual más, cual menos, contribuyen á favorecer el adelanto y perfección del espíritu.

El estudio ha de ser, por lo tanto, el anhelo constante del verdadero espiritista, al cual debe dedicar todo el tiempo que pierdo lastimosamente en esas sesiones experimentales, que ofrecen á los asistentes, faltos por lo regular de conocimiento en la doctrina, espectáculos ridículos á que dan el nombre de sesiones espiritistas; cuando no son otra cosa que el efecto necesario de grandes obsesiones y hasta de subyugaciones terribles. Inspirase todos ellos en las enseñanzas que nos dan los espíritus, en las obras que van ya publicadas, y tengan presente nuestras ideas, producto de nuestros estudios y meditaciones, que nos han dado el convencimiento que hoy tenemos de su verdad.

Al dar estos sinceros consejos á nuestros hermanos, cumplimos un deber, con el cual creemos hacer un señalado servicio á la escuela, y de verlos aceptados, una gran obra de caridad.

EL ESPIRITISMO Y SUS DETRACTORES.

El Espiritismo, como todas las grandes ideas que han venido á salvar la humanidad del borde de su ruina, arrancándola de los brazos de la muerte moral, en que la colocara su ceguera ó su locura, necesita pasar por todo género de pruebas, amenazas y execraciones, pues esta es una ley ineludible, de forzoso cumplimiento.

Sus apóstoles, como los de todas las grandes causas, necesitan sufrir las decepciones y miserias que acriollan su fé en

ellas, soportar resignados toda clase de persecución, y si es preciso, morir mártires en su defensa.

El Espiritismo, luz purísima, que nace á la vida regenerando á la humanidad; comienza su espionosa senda de amenazas y execraciones y sobre sus altares, se deja sentir ya el pernicioso influjo de las humanas miserias, pero quedará aquel incólume, aunque para ello necesiten estos aleazar la palma del mártir.

¡Pobre humanidad que en tu ciego error te vas precipitando en la horrible sima, de tus desgracias!

Tú sbritas los ojos á esa luz; tú ansiosa de hablar la verdad la encontrarás; y entonces esta doctrina regeneradora y bella habrá cumplido su alta misión. ¡Qué no es grande ni santa una causa, si no encuentra obstáculos insuperables que vencer y víctimas generosas que inmolar!

¿Qué nos demuestra el Espiritismo? Que su doctrina comprende á Dios en su infinita grandeza; que la Inmortalidad del alma es un hecho irrecusable; immanente su individualidad después de la muerte; directa la relación que existe entre el mundo corporal y el de los espíritus.

Pero que al comprender y dar á conocer estos principios, no pretende crear nada nuevo, traduce tan solo en hechos, estas teorías diseminadas en diferentes sistemas filosóficos y creencias religiosas, que las generaciones tradicionalmente han conservado desde sus primitivos tiempos.

Ahora bien; si el Espiritismo nada nuevo ha creado, si su misión al aparecer sobre la tierra se halla reducida á testimoniar verdades desconocidas, confirmar hechos aislados, formulando su sistema deductivo de las potentes é innumerales pruebas que confirman su existencia; ¿por qué mirar con prevención al Espiritismo?

Si éste bajo el punto de vista moral, no tiene su moral exclusiva ni independiente y si acepta la que trasformó por completo la faz del mundo, que es la moral cristiana, promulgada en el Evangelio; si esta es la que trata de ver imperar en toda su pureza por su innegable condición de ley divina, única de proporcionar la felicidad humana; ¿por qué tanta intemperancia con el Espiritismo?

Si éste, bajo el punto de vista religioso, sienta sus bases sobre Dios, SUO SUPREMO; ETERNO ACTOR DE LA CREACION; sobre el alma individual, emanación fluidica de su ser, con su libre albedrío, su Inmortalidad; sobre las penas y recompensas futuras que son el fin-

dameato de todas las religiones; ¿por qué la execración de la iglesia de Roma?

Todo efecto tiene su causa y ea esta afirmación se hallan comprendidas nuestras premisas de las que se desprenden las siguientes consecuencias: El Espiritismo pone de manifiesto los groseros sistemas de Mollerschott, Büchner, Vogt y demás filósofos naturalistas de su escuela, colocándose ea abierta opugnación con las tendencias sensualistas y materialistas, que con tanta celeridad se han desarrollado en estos últimos tiempos, bajo la máscara del positivismo, *determinismo*, pretendiendo precipitar al género humano en el *ateísmo*, que segan la opinión de Tiberghien, sería la disolución de los principios de orden científico, y la descomposición del orden moral; y esto, es mas que suficiente, para despertar en los embutidos sentidos de los adoradores de la bifromedidad *Fuerza y Materia*, el odio mas inusitado contra la doctrina espiritista.

Porque al admitir un principio inteligente fuera de la naturaleza, ante cuya voluntad espresada en admirables leyes, el universo gravita en la inmensidad sin límites; al considerar el mundo que habitamos, no como punto central de un universo exclusivamente elaborado para él y sus moradores, sino que es por el contrario uno de los infinitos átomos que constituyen el *universo*, lugar de sufrimiento y prueba, y el hombre un ente perfectible, consciente, dotado de algo mas que el alma animal de los brutos, responsable, como consecuencia de su libertad de albedrío, hallan ea el Espiritismo un rival poderoso que destruye una por una las inviviles bases sobre que descansa el orgulloso y absurdo sistema que deifica la materia con su inseparable fuerza como ley, devasta el paraíso de sus dichas terrenales, rompe con sus creencias, opone ideas mas consoladoras; y presitiando su ruina ante la verdad que manifiesta sus delirios, no pueden soportar que les arranque el cetro de sus manos la nueva conciencia, la idea nueva.

¿Qué esperar puede la humanidad de esa doctrina que come recompensa á los sufrimientos, como premio á las virtudes y como castigo á las maldades la brinda para lo futuro con la horrible *nada*?

¿Qué esperar puede de la justicia terrenal de este sistema, sino descansa en el firme apoyo de la justicia divina?

La humanidad sin mas allá, sumida en las miserias de este mando (cárcel de hierro, cárcel temible) sin conciencia, sin providencia, sin responsabilidad, obrando fatalmente, admitiendo como única dicha los gozes

terrenales.... ¡oh! esto sería terrible, desconsolador, imposible! En vano luchan por derribar el Espiritismo esa falange de seres desahumados, adoradores de la materia, sin mas santuario que la voluntad, sin mas pensamiento que el presente; sin mas porvenir que la nada formidable y horrorosa.

El Espiritismo no solo arranca de sus manos ateas el poder, sino que tambien se elevará con él todos los corazones á quienes el error privó de sentimiento por un instante; todas las almas que, desviadas á impulsos de su alucinación, olvidando el principio, se apartaron de la senda de perfectibilidad, y por no adorar á Dios, que su grandeza no comprendían, edificaron la materia y la erigieron altares.

Los apóstoles del Espiritismo se abrirán paso por entre vuestras filas de escépticos, sin que les amedrenten las iras, las amenazas ni las burlas, para la propagación de la doctrina espiritista.

El materialismo humillará su frente; porque la verdad es una. como uno es Dios de quien dimana.

El sensualismo grossoiro apagará el impuro fuego de las pasiones, por que la felicidad no está en las gozes terrenales.

Al nacer el Espiritismo os abrió la sepultura. Al descubrir el mas allá, os hundió en la nada, esa nada fatídica y sombría que solo existe para vuestras creencias, pues con tanta osadía las defendeais.

El Espiritismo empieza en donde el materialismo acaba!

Queda pues demostrado uno de los efectos que originan la causa de la persecución y descrédito del Espiritismo.

El otro radica en la iglesia de Roma. ¡Contraste singular que uno en la misma aspiración la incredulidad y la fé ciega!

¿Será providencial?

IVAN SOERTLLER.

(Se continuará).

VARIEDADES.

PRÓLOGO DE UNA HISTORIA.

Enrique Sandoval era un muchacho, De noble y distinguido continente; Un sedoso mostacho Daba sombra á su boca juguetona, Sirviendo de corona A su espaciosa frente, Un bosque de cabellos ondeados Con desaliño artístico peinados:

Sus ojos eran grandes y rasgados
Teniendo una mirada,
Magnética, profunda, apasionada:
Era uno de esos seres
Que inspiraba profunda simpatía
Con especialidad á las mujeres.
Era una de esas almas bien templadas;
Ávida de violentas emociones,
Que en una ocasión dada,
Sabían jugar el todo por el todo,
Diciendo con desden, «La vida es nada»

Pasó las horas de su dulce infancia
De un pueblo en la pacífica ignorancia;
Pero llegó á esa edad en que el hombre sueña
Y se dijo á sí mismo estas razones,
—«Estos pueblos que son? humildes nidos,
O en lengua vulgar tristes rincónes,
Donde los hombres viven confinados,
Sin gloria, sin poder ni aspiraciones.
Para mirar como las aves vuelan,
Y cómo ahren sus pétalos las flores,
No habrá formado Dios á tantos seres,
Y deben existir sin duda alguna,
Tormentos y delirios y placeres.
¿Porqué no he de buscar cual buscan otros
La pompa, la riqueza y los honores,
Si querer es poder? voy á la corte,
Y allí veremos si me voy á fondo,
O encuentro estrella que me sea norte.—

Llegó Enrique á Madrid cual llegan muchos,
Esperando encontrar una fortuna;
Siendo la base de esta algún empleo
O escribir gacetas.
Siguiendo la turbulencia y el desseo
Del favorito que en la corte brilla.
Supo cumplir tan bien su cometido,
Que al poco tiempo era
El galán mas querido de las damas;
Buscó duelos, reportas y quimeras,
Y entre varios que dió, dió una estocada,
Que dejó á su contrario
En estado tan triste y lastimoso,
Que solo en el sepulcro solitario
Pudo encontrar para su mal reposo.

¿Enrique era feliz? de todo había;
Pues por ley natural, ambicionaba
Mucho mas que la suerte le ofrecía.
Adquirió con trabajo un gran destino,
Pues era de un ministro secretario;
Y aunque es largo el camino
Por su aplomo y su acierto extraordinario,
Llegó á ser accesorio indispensable,
Y el que consigue hacerse necesario

En una sociedad que tanto sobra,
Puede decir cual César dijo un día:
Po viue, ti y etaci; esta es mi obra.

Por su veni por desgracia para Enrique,
Un carnaval llegó con sus disfraces,
Con sus bailes, sus galas, su ruido,
Y sus ensueños breves y terribles.
Como natural, tomó en la fiesta
La parte que á su edad correspondía,
Mucho mas que en festines y en saraoes,
Era donde su ingenio mas lucía.
En un baile de trages de gran tono,
Se hallaba Enrique lleno de ilusiones,
Cuando vió ante sus ojos una dama
Hella en la sazaron los amores.
Era alta, e bella, pálida y graciosa,
De perfecciones mil, rico tesoro,
Dejó en sus labios su carmin la rosa,
Y en sus cabellos su esplendor el oro.

Era uno de esos seres ideales
Que miran los poetas en las brumas,
Una de esas Ondinas celestiales
Que nacen del vapor de las espumas.

Enrique la miró magnetizado
Y exclamó con acento tembloroso:
—No os apartéis señora de mi lado,
Y dejad que un momento sea dichoso.

Un vals ardiente, rápido, eseitante,
Nos brinda su dulcísima armonía,
Hay en sus notas algo delirante
Que responde á mi afán, hermosa mía!

Venid, venid, y os llevaré en mis brazos
Aunque sienta que el oboe se derrumba,
Y feliz yo, si tan hermosos lazos
No los iteshace ni la misma tumba.—

Cinó su brazo la gentil cintura
De aquel ángel de amor, que sonriente,
Un mundo de placer y de ventura
Llevaba escrito en su marmórea frente.

Si hay algo que al amor le preste alas
Y hara olvidar la prosa de la vida,
Es sin duda esa música inspirada
Que á un goce delirante nos convida.

¡Bailar un vals con el objeto amado,
Sentir latir un corazón de fuego,
Y aspirar un aliento perfumado,
Es confundir la tierra con el cielo!

¡Se siente una emoción tan poderosa,
Es un placer tan grande y tan profundo,
Es una sensación tan deliciosa.....
Que no tiene rival en este mundo!

Enrique se entregó con alma y vida
A gozar de esa dicha pasajera,
Que nos ofrece una mujer hermosa
Cuando la vemos por la vez primera.
Mas como todo acaba aquí en la tierra,
Pasó del vals la dulce melodía,
Y Enrique dijo con sentido acento:
—Siento por vos extraña simpatía.
Decidme por piedad, ¿quién sois, señora?
Necesito saber si sois casada,
Late mi corazón. Llegó mi hora
De encontrar lo que tanto me aburría;
Si sois libre, os daré mi amor, mi nombre;
Si tenéis por mí mal antiguos lazos,
De mi camino apartaré a ese hombre
Y os arrebataré de entre sus brazos.
Habladme, yo os lo ruego, y os lo imploro
Por lo que me améis en vuestra vida,
¿Cómo os llamáis, decid?

—Me llamo Sara
Y me encuentro en la tierra algo aburrida.
Soy uno de esos seres que el destino
Arroja en este mundo a la ventura;
Hoy alfombran las flores mi camino,
Porque admiran los hombres mi hermosura;
Me han dicho que el amor es sombra vana
Y que el oro es la fuente de placeres;
Que me olvida del ayer y del mañana,
Que el hoy es el edén de las mujeres.
Vos me pintáis entusiasmado y loco
De vuestro amor naciente los albores;
Y yo os debo decir, que tengo en poco
La dicha cimentada en los amores.
Positivista por costumbre, os digo,
Que mi plan en la vida lo he formado,
Y la senda trazada que yo sigo,
El amor delirante lo hecho a un lado.
Dejo a Cupido con sus blancas alas
Y su eterno estridido ¡yo te adora!
Y profiero lucir trajes y galas,
Que solo se consiguen con el oro.
El oro es el monarca de la tierra;
Todo cede a su inmenso poderío,
En él la dicha y el placer se encierra
Y la vida sin él produce hastío.
Así, pues, olvidad vuestros antojos,
Y sigamos los dos nuestra jornada.

—¡Yo no podré vivir sin vuestros ojos,
La existencia sin vos la tengo en nada!
Quiero que como yo tengáis creencia
Que en el amor la dicha se asegura;
Que no nace el placer de la opulencia,
Que estais en un error y una locura.
Dadme un año de plazo, y os prometo
Ofreceros riquezas sin medida;
Y mostraros después el gran secreto
Que embellece las horas de la vida.
—Tao bien sabéis pintar vuestro desvelo
Que acepto la ilusión de sus amores;
Y esperaré que vuestro amante anhelo
Ceda mi frente con hermosas flores.
—¡Oh! Sara de mi amor, tened presente
Que cual nuevo Colón solo ambiciono,
Hacer brotar un mundo de mi mente,
Y ofreceros en él radiante trono.—
Como ora natural, la conferencia
De Sara y del doncel fué terminada:
¿Tuvo este encuentro alguna consecuencia
Nació una historia ó se extinguió en la nada?
Nada de fijo asegurar podemos,
Porque solo sabemos
Que Enrique trabajaba, y que afanoso,
Sin llegar á ir á Méjico encontraba
De una mina el filón maravilloso.
En árabe cárcel se presentaba,
Luciendo su apostura y gallardía,
Y otras en coche propio paseaba
Mirando con desden y altanería.
Gran casa, mucho tren, mucho boato,
Lujosa ostentación; ¡era dichoso!
Ahora falta saber si su existencia
Tenía horas de quietud y de reposo.
Prematuras arrugas en su frente,
Y sus ojos hundidos revolaban,
Que un algo misterioso había en su mente
Y que su juventud se marchitaba.
Pero febril y delirante y loco
Seguía siempre con tenaz empeño,
Diciendo para sí: «aun tengo poco,
Aun no he llegado á realizar mi sueño.»

Un día antes de cumplirse el año
Del plazo que él fijara á sus amores,
Enrique se perdió como se pierden
Las hojas secas de agostadas flores.
Lógicamente hicieron comentarios
Todos aquellos que á él le conocían;
Los unos le acusaron de falsario,
Otros de usurpador; y se decían
Tantas historias, y mentiras tantas....
Que la verdad ninguno la sabía.
Lo cierto, lo real, y lo evidente
Es que selló su casa la justicia;
¿Mas dónde se ocultaba el delincuente?
¿Le fué la suerte por su bien propicia?

Y allá en el Reino-unido fué á salvarse
De una prision sin duda merecida?
¿O en triste calabozo vió á alejarse
La breve gloria de su pobre vida?
Nada de cierto colegirse pudo:
La sociedad le concedió su olvido
Al hombre audaz, que le sirvió de escudo
Su ingenio miserable y atrevido.
Ídolo que adoraron un instante
Mientras él mismo incienso se quemaba:
Pero que hundido no hay piedad bastante
Para darle al vencido una mirada;
Únicamente las mugeres aaben
Conservar un recuerdo de ternura;
Enrique que era en esto afortunado
Quizás porque él no quiso mas que á una:
Mucho tiempo despues de lo ocurrido,
Mas de una hermosa sin cesar decia:
«¿Qué habria aido de Enrique? ¡Era tan guapo!
¡Y me inspiraba tanta simpatia.....!»
Murmuraban así las niñas bellas;
¿Y Sara, qué decia?
¿Seguia de Enrique las perdidas huellas?
¿Su triste paradero lo sabia?
Ciertamente que no; ella ignoraba
Lo que á su fiel amante habia ocurrido;
Pero su corazon no se inquietaba,
Porque era un corazon envilecido.
Era uno de esos séros desgraciados,
Abortos del fatal positivismo;
En su misma abyeccion encenegados
Sin querer levantarse de su abismo.
Y de un amor tan grande y tan profundo
Como el que el pobre Enrique le tendia,
Solo obtuvo por premio en este mundo,
Que Sara murmurara: —«Es tontería,
El hacer sacrificios por amores:
No merecen los hombres ni un suspiro;
Perdí uno de mis tiernos amadores,
¡Y qué le hemos de hacer, si se ha perdido!
Buena ora su intencion, sin duda alguna,
Mas despues de los hechos consumados,
¿Tienen éstos accion retrospectiva?
No la tienen; asunto terminado.»

Pasaron años, y la hermosa Sara
Seguia el vaiven de su agitada vida;
Cuando una tarde recibió una carta
Que la tomó con mano estremecida.
Porque en su letra fina, y delicada,
Recordó Sara á un sér que habia olvidado:
«¡Esta letra es de Enrique...!» Y azorada
Rompió el sobre pequeño y perfumado:
Y con acento al parecer tranquilo
Leyó su contenido,
Sin que por sus megillas resbalara
Una lágrima ardiente,
Ni de sus labios de carmin brotara

Un suspiro elocuente.
Una vez la leyó; maquinalmente
Volvió á coger la carta y á leerla;
Se fué anublando su serena frente,
Y an mirada fué mucho mas tierna.
Pasó una hora, y Sara proseguia
Leyendo aquella carta; ¿qué diria
Que tanto al parecer le interesaba,
Y á au pesar su pecho conmovia?
Estas tristes palabras contenia
Aquel pliego que Sara contemplaba.

—«Oídme Sara, por la vez postrera,
Voy á pasar á nuevos continentes,
La muerte ó la victoria allí me espera
Y ambas cosas me son indiferentes.

Yo os amé con delirio, con locura,
Con frenesí, con ciega idolatría:
¡Admiré vuestra espléndida hermosura,
Siendo todo mi afán llamarme mia!

Vos me digisteis con desden profundo,
«Sois pobre para mí, dejadme Enrique.»
Desde entonces hallé pequeño el mundo,
Y para mi ambicion no tuve dique.

No tuve mas afán, ni mas anhelo,
Que adquirir de riquezas un tesoro:
Olvidé que habia un Dios allá en el cielo,
Y el crimen me ofreció montes de oro.

Y en el instante que contento, ufano,
Iba á deciros yo con alborozo,
Mío es el porvenir! ¡Enaueño vano!
Desperté en un oscuro calabozo.

La sociedad se alzó con mano airada,
Y castigó mi falta; ¡justo era!
Y nadie fué á lanzarme una mirada!
¡Nadie me fué á decir, *sufre y espera!*

Pasaron meses, trascurrieron años,
Y el tiempo se cumplió de mi clausura:
¡Volví á mirar la luz; séres extraños
Miraron con desden mi desventura.

Y una noche, que vive en mi memoria,
De un ministro de Dios el dulce acento
Escuché, que contaba triste historia,
¡Tan triste como el eco de un lamento!

Y dijo que era Dios todo ternura,
Y que el perdón al hombre concedia:

Si ésta el vidaba en fatal locura,
Y en su infinito amor la luz veía.

Aquella voz que resonó en mi oído
Era una voz tan pura, tan vibrante
Que hizo latir mi corazón dormido,
Y esperar y creer; ¡feliz instante!

¿Por qué he pasado mis mejores días
Sin conocer de Dios la omnipotencia?
¿Por qué han sido mis noches tan sombrías?
¿Por qué fué tan amarga mi existencia?

¿Sabéis Sara por qué? Porque he olvidado
Que solo en Dios se encuentra ese camino,
En donde el hombre por el bien guiado
Engrandece en la tierra su destino.

El arrepentimiento mas profundo
Me hace tener vergüenza de mi mismo;
¡Adios España! Adios ¡oh! viejo mundo!
Adios con tu fatal positivismo.

¡Adios Sara! pensad que hay otra vida;
Y escumador que consume y que no quema,
Consagrado al señor, pedidle egida
Y él os dará la salvacion suprema.

Siempre un recuerdo os guardaré en mi
mente:
No abrigo contra vos ningún encono;
Y á Dios le pido en mi oracion ferviente,
¡Que él os perdone como yo os perdono!—

¿Qué sintió Sara? Dios tan solo puede
Adivinar misterio tan profundo:
Porque es el corazón de las mujeres
El problema mas grande de este mundo.
Solo sabemos que dejó la corte,
Y que el centro galante en que vivía,
Le consagró un recuerdo á su elegancia,
Y al gusto sin rival que ella tenía.
¿Dónde se finó? ¡quién sabe! quizá un día
Sepamos el final de su existencia;
Que el asunto nos dé para una historia
Donde el lector encuentre un episodio
De abnegacion, de juventud y gloria.
Y flore á la memoria
De una de esas mujeres
Que guardan ricos dones
De amor, de sentimiento y de ternura;
Que al haber esplotar esos dones,
Puedan brotar inmensas sensaciones

Que conviertan en ángel la criatura,
Y hacer que una muger sea en sus pasiones
Un alma grande, enamorada y pura.

Amalia Domingo y Soler.

Madrid.

A LA POETISA

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

Amalia, ¿por qué razon
Mi musa elogias así?
¿Por qué levantas por mí
Tu mas preciosa cancion?
¿Por qué elevas á la luz
De lo dejas suspendido
Al murciélago nacido
Para el nocturno capuz?
Al magnífico fulgor
De tu génio soberano
Tomas mi trémula mano
Con magestad y valor,
Y á la cúspide del mundo
Literario me levantas,
Y luego plúcida cantas
Mi pobre génio infecundo!

Lira en el cielo templada,
De los ángeles querida,
De bello nácar vestida,
De dulces flores ornada,
¿Por qué ensalzas lisongera
Pretendiendo darle brillo
Al humilde caramillo

Que resuena en la pradera?
Cisne del lago de Dios,
Ruisenor del bosque santo,
¿Por qué levantas tu canto
De la oropéndola en pos?

Cuando con noble ansiedad
Que constituyo virtud
Alza tu inmenso laud
Un himno á la caridad;
Y con magnánimo ardor
Digno de eterna memoria
Le das el nombre de historia
Sacrosanta del Señor;
Y al escuchar los jardines
Tus cláusulas melodiosas

Ocreen eo aves y en rosas
Y azucenas y jazmines,
Mi espíritu conmovido
Se postra en éxtasis santo,
Y en dulces horas de llanto
Quédase al fin sumergido!
.....¿Y tú pudiste cantar
Mi ronca lira qué espanta?
Ah! cuando el sol se levanta
¿Qué reptil no ha de dorar?

Musa divina, yo adoro
Tus celestiales encantos;
Por ti derramo mis llantos,
De gratitud, por ti lloro;
Pero no cantes por mí;
Que tus acentos divinos
Consagrar á otros destinos
Debes, mas dignos de tí.
Y si cantar es tu empeño
Mi melancólico sér,
Cuando te logre prender
En sus guirnaldas el sueño;
Y tu espíritu radiante
Lanzándose á los espacios
Entre gigantes topacios
Hacia el Señor so levante;
A la armoniosa cancion
De las esferas sin fin
Que van llenando el confin
De luz, fragancias y son,
Alza una dulce plegaria,
No una cancion lisongera
Por este triste que espera
Perdido en selva contraria.

Mi sér, si así lo cumplieres
Sellenar de armonías,
Y bendiciendo sus dias
Encontrará sus placeres.
Y de mis dichas en pos
Tras tantas sombras estrañas,
Invadirán mis entrañas
Los dulces astros de Dios!

Salvador Sellés.

Alcázar de San Juan.

CORRESPONDENCIA DE MADRID.

6 mayo 1873.

Lo prometido es deuda.—Tres sesiones de controversia.—Retirada de los materialistas.—Sesiones de estudio.—Reuniones de socios.—Seccion de señoras.—Una buena noche.—Varios asuntos.

Cumpliendo el grato deber que me tengo impuesto de comunicarles mensualmente (siempre que me encuentre en Madrid), las novedades que ocurran, realizo mi tarea con lo referente al último abril.

Terminó con el mes anterior la controversia sostenida con la escuela católico-romana, haciendo el resumen de la discusion en el infatigable Corbacho. Se presentaron en seguida y en buen número los materialistas, y su primer orador fué el conocido Sr. Vinader; nada nuevo le oímos, pues repitió sus acostumbrados razonamientos, sin mas variacion que decir que el hombre era un telégrafo. Magnífico pensamiento que sirvió admirablemente al doctor García Lopez, para dar una contundente leccion á quien espuso tan originalísima idea. La campaña que este nuestro querido hermano viene sosteniendo este año, es penosísima y solo su reconocido talento y fé en nuestras creencias, pueden darle vigor para tanto. Al Sr. Vinader siguió Cárceles, jóven de buenas dotes para la oratoria, y que en estos momentos atrae la atencion de los que de politica se ocupan; á contestarle se presentó otro jóven desconocido en nuestra sociedad, pero tan penetrado de las ideas Espiritistas, como poseedor de un talento nada comun; nada mas nutrido de cieocia que su elocuente discurso; su forma original y perfectamente adaptada á la oratoria del contrario, sus irónicas pinceladas oportunamente escogidas, su frase concisa, y terminante á la par que lozana, cautivaron desde sus primeras palabras al numeroso auditorio que ocupaba el salon y le hicieron bien acreedor á los espontáneos aplausos que le tributaron. Yo, á mi vez, envío mis humildes plácemes al Sr. Martorell. Levantose á rectificar el Sr. Cárceles, y francamente, amigos míos, se vió tan enredado que no le oi apenas cosa alguna de provecho, muchos gritos, alguna heregia, como la de pedir á las madres que arrancaran el corazón de sus hijos toda nocion del sentimiento, calificar de agua sucia las lágrimas, algun error científico *et pas plus*. Y tan enredado se balló, que ni aun por cortesía ha

vuelto según correspondía y prometió á escuchar á su vez la rectificación de Martorell. Siguió el materialista Sr. Capdevila, quien á decir verdad, es el que mas me agradó por su tranquilo y buen decir y no escasa posesion de conocimientos, si bien trató puntos que no eran objeto del debate con el que apenas rozó su psiración. En cambio hizo blanco de sus ataques á García López, y á la verdad, que si tal hizo, fué por no saber ciertamente lo que se hacia. Contéstole el Sr. Rebolledo en un buen discurso en el que, si bien no habia belleza de forma, habia si gran riqueza de ciencia. Para alusiones hizo uso de la palabra *el ex-comulgado* y encontró ocasion para pronunciar quizá lo mejor que ha salido de sus labios, sobre todo lo bueno que tiene dicho. Volvió á Capdevila el turno para rectificar y aquí quisiera contigir mi reseña de las controversias, con una larga lista de puntos suspensivos. Tal es el mal que me produce lo que sigue, pero á fin de cronista es preciso referir todo lo que pasó: nada mas destemplado, mas acre, mas mordaz y fuera de concecion que lo que dijo, el para mí ya célebre Capdevila. Sus ataques al Sr. García López, no quiero mi pluma mencionarlos; del discurso de Rebolledo ni aun se hizo cargo y cuando mas sorprendidos estábamos, pronunció el acostumbrado hé dicho, y tomando el sombrero desapareció seguido de todos los materialistas. Magnífico proceder que á mi juicio demuestra tanto reconocimiento de su impotencia, como ausencia total de toda idea de buenas prácticas; á encontrarnos en el puesto del presidente no hubiese tenido la prudencia que él tuvo y hubiera hecho conocer al Sr. Capdevila su poco decorosa conducta. Afortunadamente, así García López como Corchado, hicieron ancesivamente uso de la palabra, calificando el primero semejante fuga como patente de cobardía de la ignorancia; el segundo, demostró que los materialistas habian veido el debate para combatir el Espiritismo y de enatos se habian presentado ni uno solo, habia hecho razonamiento alguno en contra, descubriendo así que jamás habian ni siquiera hojeado, el mas vulgar de los libros espiritistas.

Así han terminado las Controversias por este año, y como Vds. enatos lean estas lineas, comprenderán que el Espiritismo está de enhorabuena. Mañana habrá tambien sesion, pero creo sea solo con objeto de resumir la discusion, de cuyo trabajo me aseguran está encargado el hermano Roiz Salaverría.

Las sesiones ordinarias, han seguido tan animadas como todas las que se vienen celebrando este año. Durante el mes se ha tratado primero la nocion del trabajo y despues la de educacion de la mujer; temas ambos de gran interés y que nos han proporcionado tan magnificas comunicaciones, que alguna de ellas creo trasladaré integras á sus columnas el *Criterio* de este mes. Se la recomiendo á Vds. para que de ella procuren sedé lectura en esa Sociedad. De la semana...

Con la buena idea de reunir, los socios todos los viernes, venimos obteniendo magnificos resultados. En esas noches de todo se trata, todo se discute, se documenta de cuanto importante para nosotros ocurre por todas las regiones de la tierra, y se estrechan mas y mas los lazos de fraternal intimidad que deben unir á los espiritistas. Debida á estas sesiones es la nueva organizacion que va á darse á la seccion de señoras, cuyos trabajos en lo sucesivo serán de reconocida importancia, tanto en lo que se refiere al estudio, como á lo parte practica y experimental.

Noches pasadas tuvimos una gratísima velada, que ha dejado entre nosotros un bellísimo recuerdo, tan solo comparable con el que nos proporcionó la noche del 31 de Marzo, en se que tributó el merecido homenaje á la buena memoria del incomparable Alfeo Kardec.

Dióse lectura por uno de nuestros hermanos, bien conocido entre los modernos autores dramáticos, á un precioso tomo de poesias que prepara, inspiradas por el mas puro y entusiasta sentimiento espiritista; al terminar tan deliciosa lectura, fueron presentados por Palét, dos jóvenes poetas valenzolanos, quienes sin nocion alguna de nuestras doctrinas han escrito casi todas sus obras vertiendo en ellas los mas puros principios espiritistas. Recitaron muchas á peticion de cuantos nos hallábamos presentes, que no nos cansamos de escuchar y cada verso era acogido con mayores y unánimes aplausos. Estas sesiones literarias creo se repetirán con mas frecuencia en el próximo invierno. Ojalá sea así, y que esta idea forme parte de lo mucho y bueno que se prepara para esa época.

En LA REVELACION (que ahora recibo con puntualidad,) he tenido el gusto de leer las bien escritas cartas que, desde está dirije la inspirada Srta. Amalia Domingo Soler, y así mismo, alguna bellísima composición de tan distinguida poetisa. Mucho celebró lo uno y lo otro por el interés que presta á nuestro querido periódico.

¡Dávante el pasado mes, hemos tenido el gusto de saludar en nuestras sesiones á algunos hermanos de esa. Mucho celebramos estas visitas que aumentan nuestras simpatías, y por mi parte, creo no voyan disgustados de lo buena acogida que aquí se les dispensa.

He visto el suelto que Vds. dedican al almanaque, y es tan exacto, como oportuno, pues ya empiezan á ocuparse algunos de nuestros buenos amigos del que este año verá la luz pública.

Aquí termino, con la esperanza de que para mi próxima carta no han de faltarle noticias de interés y que alguna de ellas merecerá toda la aprobación de Vds.

Les saluda con todo cariño su buen amigo y hermano

CARTAS ÍNTIMAS.

CUARTA.

Hermana mía: ayer visité uno de los colegios gratuitos de esta capital, y me llamó particularmente la atención una hermosa niña de 14 á 15 años, blanca, rubia y delicada, de mirada tan dulce, tan triste y tan profundamente conmovedora, que me hizo recordar estos cuatro versos del célebre Larmig, cuando habla de los ojos de Jesús.

«Ojos llorosos, que piedad inspiran,
Ojos sin ira, que perdón predicán,
Ojos que tristes, al mirar suspiran,
Ojos que tiernos, al mirar bendicen.»

Esa mirada magnética, poseía la simpática niña que, apoyada en el alfeizar de una ventana, miraba fijamente á un patio, revelando en su actitud inquieta, que esperaba la llegada de una persona querida: no se hizo esta esperar mucho tiempo, la joven ahogó un grito y veloz como la impaciencia del deseo, cruzó rápidamente la estancia y escuché una de esas frases que no han podido imitar, ni las grandes actrices, ni la mas inspirada prima-donna; una de esas palabras que aca-

rician, que enloquecen; uno de esos gemidos del alma que revelan una historia de dolor; esa exclamación suprema que lanza una madre cuando estrecha entre sus brazos al hijo querido de su corazón; ese ¡hija mía! que tomó vibración en otros mundos, mejores, ese grito resonó en mis oídos y á poco vi aparecer á la linda niña acompañada de una mujer de mediana edad, que en su semblante demacrado se encontraba grabada la indeleble huella de la miseria y del sufrimiento; existía entre las dos perfecto parecido, solamente que la una, era la flor marchita por el hálito del mundo, y la otra la cásta azteca que abría su cáliz para elevar su fragancia al cielo.

Madre é hija abandonaron el aposento, para sustraerse sin duda alguna, de los muchos curiosos que estaban examinando las delicadas labores de las educandas. Una hermana de la caridad, que cumple dignamente la misión que se le impuso: una mujer perteneciente á una de las primeras familias de la nobleza española, que siendo casi una niña, le arrebató la muerte al elegido de su corazón, y que desde entonces abandonó su aristocrático palacio, y se consagró exclusivamente á ser el ángel tutelar de los desgraciados, sufriendo por su ahnagación sin límites, la envidiosa persecución de sus hermanas en Cristo, se encontraba en aquellos momentos cerca de mí, y aunque no nos une una amistad íntima, nos comprendemos y respetamos nuestras creencias, que reconocen una sola causa.

—¿Quién es esa joven? le pregunté, que acaba de salir de aquí?

—Parece que la llama á V. la atención; me dijo sonriendo dulcemente, no es extraño; porque cuántas la ven se interesan por ella, y V. con doble motivo que en todo quiere encontrar un algo extraordinario: lo que es ahora efectivamente la ha llamado la atención una criatura digna de mejor suerte, y que ha sido una de las muchas víctimas que tiene el fanatismo en sus anales.

—Escita V. mi curiosidad en alto grado, y desearia saber la historia de esa niña.

—Tendré mucho gusto en complacerla; sígame V. y en el jardín podremos hablar con tranquilidad. La seguí y dos momentos despues, nos sentamos en un banco rústico situado en lo cúspide de un pequeño monte-cito, adorno indispensable de todos los jardines ingleses: que en 50 pies cuadrados forman montañas, cascadas, puentes y casaratas microscópicas.

—Aquí estamos mucho mejor que verdad; Amalia?

—Ya lo creo, y no puede V. figurarse cuánto me alegro que estemos solas, sin que nadie nos interrumpa.

—Yo también soy muy partidaria de la soledad acompañada; mucho más con una mujer que, como V., me inspira simpatía a pesar que en muchas cosas no estamos conformes, pero en fin, que le hemos de hacer, usted quiere a Dios a su modo y yo le quiero a mí.

—Pero no dejará V. de convenir conmigo, que si la humanidad estuviera más adelantada, mis principios serían los más útiles para la sociedad.

—Avanza V. demasiado; V. no quiere templos ni prácticas religiosas, ningunoas; y el hombre necesita de un guía espiritual.

—Si señora; estoy conforme; pero en guía que nos diga la verdad, que no nos relate cuentos de cuentos, que no nos pinte un Dios irracundo y vengativo, que se complace en atormentar a los seres que él mismo ha creado.

—Ya se comprende que eso es un contradictorio, que la ley mosaica es un tegido de anacronismos y anomalías, pero como los primeros hombres que la escucharon no estaban suficientemente educados, solo el terror era el que podía dominarlos.

—Soy de la misma opinión de V. que para oír tenían condicio de ser los castigos aterradores, pero hoy que nuestra naturaleza se presta más al análisis, al estudio, y a la meditación; hoy que se investiga; hoy que el hombre no se contenta con creer porque le mandan creer, si no que quiere convencerse por sí mismo de la causa que da el efecto; cuando escucha las absurdas versiones que se hacen de la ley de Dios, como estas están muy por bajo de su entendimiento y de su criterio; sabe V. lo que se consigue? Que el escepticismo estienda sus negras alas, que el ateísmo prodigue sus desdenosas sonrisas, y que la indiferencia cubra con su manto de hielo a la generación actual.

Los hombres que han perforado las montañas, los que por medio del telégrafo transmiten sus ideas, los que buscan en otros planetas los medios ambientes y las condiciones de habitabilidad, no pueden conformarse con esa historia sagrada llena de ridículos milagros, de pecados originales que jamás han existido, de muertes expiatorias para redimir a la culpable humanidad, y esa gran figura de Cristo, ese mártir de la barbarie de un pueblo, hasta ahora lo han deificado sin necesidad ninguna; porque para ser el filósofo entre los filósofos, el bueno entre los buenos, y el único hombre justo que ha vi-

vido en la tierra, no es necesario darle los atributos de Dios; él llamaba a los hombres sus hermanos, nunca les llamó sus hijos.

—Amalia yo la creía a V. protestante, pero veo que es V. eso que llamo espiritista, que son los herejes del siglo XIX.

—Los herejes! ¿Yo que consista nuestra herejía?

—Eso que lo niegan Vds. todo, hasta la divinidad de Jesús, que es cuanto hay que decir.

—Si señora, la negamos porque Dios no pudo tener predilección para ninguno de sus hijos; porque Dios es solo, único, indivisible, y ese misterio de la santísima trinidad, ha sido el escollo donde han tropezado los mejores oradores del mundo; al llegar a ese punto todos han tartamudeado, ó han dicho la frase sacramental es un arcano divino ó lo han explicado de una manera confusa, incierta é incompleta.

(Continuad)

MISCELÁNEA.

La ciencia y la industria.—Hemos sido visitados por este apreciable colega de Madrid, á quien devolvemos con gusto la visita.

Recomendamos á nuestros suscritores esta revista semanal, redactada por una sociedad de ingenieros y órgano de la Sociedad de profesores de ciencias. Su director, D. Javier Verdú.

El precio de la suscripción es de 4 rs. al mes y 10 trimestre para Madrid; en provincias, 12 rs. trimestre.

Se suscribe en Madrid, en la administración, calle de Isabel la Católica, 10, bajo y en las principales librerías.

ADVERTENCIA.

Suplicamos á nuestros suscritores de fuera de la capital que abonen el importe de sus suscripciones, pues de lo contrario experimentarán retraso en el recibo del periódico.

ALICANTE.—1873.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO

DE

Vicente Costa y compañía

S. FRANCISCO, 21. Dedicado.